

MENSAJE DEL ÁREA

El cuidado del pobre y del necesitado

Por el élder Luis Camey
Setenta de Área

Los propósitos de Bienestar en la Iglesia son ayudar a los miembros a llegar a ser autosuficientes, cuidar del pobre y del necesitado y prestar servicio. En 1936, la Primera Presidencia delineó un Plan de Bienestar para la Iglesia; dijeron: “Nuestro propósito principal era establecer... un sistema mediante el cual se acabara con la maldición de la ociosidad, se abolieran los daños de la limosna y se establecieran una vez más entre nuestra gente la independencia, la industria, la frugalidad y el respeto a sí mismo. El propósito de la

Iglesia es ayudar a la gente a ayudarse a sí misma. El trabajo ha de ocupar nuevamente el trono como principio gobernante en la vida de los miembros de nuestra Iglesia” (en Conference Report, octubre de 1936, pág. 3).

Para cuidar del pobre y del necesitado necesitamos comprender la doctrina correcta del trabajo, el pago de un diezmo íntegro y una ofrenda de ayuno generosa, la sabia administración de las finanzas y la preparación personal. En Doctrina y Convenios sección 104 el Señor reveló:

“Y es mi propósito abastecer a mis santos, porque todas las cosas son mías.

“Pero es preciso que se haga a mi propia manera; y he aquí, esta es la forma en que yo, el Señor, he decretado abastecer a mis santos, para que los pobres sean exaltados, de modo que los ricos sean humildes.

“Porque la tierra está llena, y hay suficiente y de sobra; sí, yo preparé todas las cosas, y he concedido a los hijos de los hombres que sean sus propios agentes.

“De manera que, si alguno toma de la abundancia que he creado, y no reparte su porción a los pobres y a los necesitados, conforme a la ley de mi evangelio, en el infierno alzarán los ojos con los malvados, estando en tormento”. (D. y C. 104:15–18)

He repasado en varias ocasiones estos versículos a fin de comprender lo que el Señor ha decretado con respecto a la autosuficiencia y qué significa hacerlo a Su manera. Doy testimonio personal de las bendiciones temporales y espirituales del pago íntegro de un diezmo y del pago generoso de una ofrenda de ayuno. Las promesas del Señor se cumplen a medida que nos esforzamos constantemente por servir, compartir y vivir las enseñanzas del Salvador. La pobreza es una condición que puede ser superada por el sacrificio personal, el trabajo, el ahorro, la obediencia con exactitud y una actitud positiva. ■



Élder Luis Camey



La autosuficiencia

Por Josué A. Peña

Estaca Country, Honduras

Vivimos en países donde tratamos de sobrevivir más que vivir. Los tiempos no mejoran y la escasez cada vez es más tangible. No importa dónde vivamos o en lo que trabajemos, la situación política y económica nos afecta y golpea a nuestras familias. Podríamos asumir que al guardar los mandamientos todo estaría bien, pero no basta con ser obedientes, hay que ser ingeniosos, atender el llamado de la creatividad y tener deseos de superación. El Señor desea que vivamos una vida plena y eso abarca todas las facetas de la vida. Para ello los profetas del Señor siempre están para guiarnos y en los últimos años se nos ha pedido que aprendamos a ser autosuficientes.

En el antiguo Israel había una mujer que había perdido a su esposo (2 Reyes 4). Uno de los acreedores de él estaba a punto de embargarla y, al no tener dinero, pedía que le diera a sus hijos como esclavos. En la ansiedad y desesperación de esta mujer por mantener a sus hijos y tener lo necesario para seguir viviendo, buscó al profeta del Señor para darle a conocer su situación y escuchar su consejo. Buscó incesantemente al profeta del Señor y, al encontrarlo, Eliseo le dijo:

“¿Qué puedo hacer por ti? Dime qué tienes en casa. Y ella dijo: Tu Sierva ninguna cosa tiene en casa, sino una vasija de aceite. Y él dijo: Ve y pide vasijas prestadas a todos tus vecinos, vasijas vacías, no pocas. Entra luego y cierra la puerta detrás de ti y de tus hijos y echa en todas las vasijas



y cuando una esté llena, ponla aparte” (2 Reyes 4:2-4).

El consejo que acá da el profeta probablemente no tenga mucho sentido lógico, pero la fe no depende de la lógica. La viuda fue y siguió las indicaciones del profeta. Entró a su casa, cerró la puerta y sus hijos le traían las vasijas y ella echaba aceite.

“Y sucedió que cuando las vasijas estuvieron llenas, dijo a un hijo suyo: Tráeme otra vasija. Y él le dijo: No hay más vasijas. Entonces cesó el aceite” (2 Reyes 4:6).

De la nada puedo imaginar un cuarto lleno de vasijas topadas de aceite de oliva, puedo imaginar el olor que se escapa por las hendiduras de las puertas y ventanas y la cara de la viuda iluminada con una sonrisa. Con este sentimiento de gratitud ella se fue corriendo a buscar al profeta y este le dio un segundo consejo: “Ve y vende el aceite y paga a tus acreedores; y

tú y tus hijos vivid de lo que quede” (2 Reyes 4:7).

Este poderoso y verídico relato nos muestra que nosotros también podemos abrir las ventanas de los cielos y hacer que en nuestro hogar las bendiciones sean tantas que no haya espacio para ellas. Tal como la viuda, debemos ser fieles a la voz de los profetas y aplicar la fe para actuar y trabajar. No podemos esperar las grandes bendiciones si nos quedamos sentados esperando a que la prosperidad toque nuestras puertas y la dejemos pasar.

Todos tenemos diferentes habilidades y el Señor nos ha dotado de tantos talentos para que le saquemos provecho. Algunos tienen talento para construir, otros para contabilizar, otros para confeccionar ropa, otros para enseñar, otros para comercializar; no importa cuál sea nuestro talento, podemos ser felices obedeciendo los mandamientos del Señor y utilizando nuestras

habilidades para que en nuestra casa no falte el pan.

Muchas veces se nos congelan los nervios al tomar la decisión de emprender, o a veces la comodidad de recibir ayuda nos hace sentir más seguros y a esperar un milagro que cambie nuestra situación.

No podemos vivir con miedo; debemos actuar con fe y pedirle al Señor que consagre nuestra acción. Tal como la viuda que al obedecer al profeta su aceite se multiplicó y dio abasto para pagar a su acreedor y cubrir sus gastos familiares; o como el minero que trituraba toneladas de piedras para sacar unos cuantos gramos de oro, nosotros podemos proveer para los nuestros realizando acciones de emprender y encomendar al Señor nuestra acción. No hay nada que pueda dar mayor felicidad en un hogar que la satisfacción de que todas las necesidades estén cubiertas tanto temporales como espirituales. ■

Mi decisión más importante

Por Diego Hernández

MI nombre es Diego Hernández, durante toda mi vida he sido miembro de la Iglesia y, como todos los que hemos sido miembros desde pequeños, sabemos que la misión es algo de lo que se nos enseña desde una muy temprana edad. Mis padres de igual forma siempre me decían que yo debía servir una misión, especialmente mi madre. Por la corta edad que tenía yo, siempre decía que sí sin pensarlo.

Cuando entré a los Hombres Jóvenes y me hacían la pregunta si quería servir una misión, yo siempre decía que sí, pero en realidad no sentía un gran deseo. Comencé a verlo más como un compromiso. Sabía que mi mamá se sentiría muy mal si no lo hacía y me sentía obligado a decir que sí por ser miembro desde pequeño.

Mi gran sueño, mi meta y la visión que yo tenía en mi vida era convertirme en un jugador profesional de fútbol. Siempre confíe en mis capacidades y mi padre me apoyaba mucho ya que él también deseaba que yo fuera un jugador. Tuve varias oportunidades de jugar en las categorías menores de varios equipos importantes de Honduras pero ni mi padre ni yo queríamos, porque yo quería jugar fuera de mi país. Ya que tenía ese deseo, comencé a buscar en internet equipos en España y, al conseguir contactos de algunos entrenadores, les enviaba vídeos míos jugando. Se me presentó una oportunidad y mi padre me mandó donde un amigo que tiene en España. Llegué a España y comencé a entrenar con el equipo pero no me conformé y seguí buscando oportunidad con otros equipos. A pesar de toda esta ilusión de jugar nunca me alejé de la Iglesia pero no me sentía muy interesado en servir una misión ya que sabía que podía cumplir mi sueño.

Encontré un equipo que se interesó mucho en mí y obviamente me sentía muy alegre y motivado. Cuando hablaba con mi mamá siempre me decía acerca de la misión y yo trataba de cambiarle el tema, ya que no quería decirle que en realidad no sentía el deseo, pero yo sabía que era lo más importante. Lo único es que la ilusión de poder jugar sobrepasaba todo en ese momento. Seguía entrenando



con el equipo y cada día me decían que querían que me quedara y el entrenador hablaba conmigo para que jugara con ellos, pero llegó el día en el que tenía que volver a mi país, ya que no tenía permiso para estar mucho tiempo en España, porque iba como un turista. Me despedí de mis entrenadores y compañeros de equipo pero sabía que iba a volver, ya que me estaban dando la oportunidad.

Regresé a Honduras y desde que llegué mi mamá me estaba diciendo que iba a ir al campamento del SOY que era la semana siguiente. A pesar de que me encantó mi primer SOY, yo no quería ir otra vez ya que pensaba que iba a ser lo mismo que el anterior y me enojé con mi mamá porque, sin preguntarme, me apuntó en la lista de los que iban y me pagó todo. Después de tanto haberme enojado tuve que ir y desde que llegué me sentía muy incómodo, pero siempre participaba

y era obediente con mis líderes. Después de todo comencé a llevarme bien con mi compañía y empecé a disfrutar del SOY. Sentí muy fuerte el Espíritu en esa semana.

El último día, el consejero de mi compañía nos hizo una pregunta a cada uno; él nos preguntó si nosotros nos comprometíamos con nuestro Padre Celestial a servir una misión. Cuando me hizo la pregunta, tuve un gran deseo en mi corazón de hacerlo, sin dudarle dije que sí. Cuando llegué a mi casa lo primero que hice fue decirle a mi mamá que había tomado la decisión de servir una misión. Sabía que ella se sentiría muy feliz por eso. Días después de que por fin me decidí servir una misión, a mi papá le mandaron un mensaje donde le decían que querían que fuera a España nuevamente con un contratista que me estaba esperando solo para unas pruebas y para firmar

un contrato. Nunca voy a olvidar cuando le dije que no, ya que si iba y me quedaba, yo ya no iba a poder ir a la misión. Sabía de la importancia que tenía ese compromiso que había hecho con mi Padre Celestial.

Después de esto comencé con el proceso de llenar mi carpeta misional y, después de enviarla, fueron cuatro largas semanas que estuve esperando muy ansiosamente. Llegó mi llamamiento y se me asignó servir en la misión Brasil, Maceió. Me presenté el día 12 de septiembre del 2017 en el CCM. Me siento muy feliz de haber tomado esta decisión y, aunque no fue fácil, tengo la certeza de que mi Padre Celestial me bendecirá y voy a poder ayudar a muchas personas que están esperando conocer la Iglesia verdadera de Jesucristo y a que se conviertan a este Evangelio tan perfecto.

Como dice en D. y C. 18:10:
“Recordad que el valor de las almas

es grande a la vista de Dios”, yo estoy seguro de que voy a ayudar a salvar muchas almas enseñándoles acerca del Evangelio y nuestro Padre Celestial se regocija en esto. Mi invitación para todos los jóvenes que tienen otros planes como prioridad sobre el servicio misional es que no permitan que estas cosas les impidan ser parte de esta obra tan importante, y también les aseguro que nuestro Padre Celestial les va a recompensar en gran manera, porque Él nos conoce, nos ama y también sabe los deseos de nuestro corazón. No tengo ninguna duda de que La Iglesia de Jesucristo De los Santos De Los Últimos Días es la única verdadera, testifico que Dios vive al igual que su hijo Jesucristo y que, si somos obedientes a los mandamientos de nuestro Padre, vamos a ser muy bendecidos. ■

Al rescate

Por Geovany Arita

Por muchos años el hermano Alfredo Castro estuvo menos activo. Él es una persona de casi 70 años con el padecimiento de una enfermedad en sus extremidades que le impide caminar bien y flexionar los dedos de sus manos. En ocasiones ha estado en cama, y ha recibido las bendiciones del sacerdocio.

En la reorganización de la orientación familiar, dos hermanos del cuórum de élderes recibieron la asignación de visitar a dicho hermano. Le visitaron por meses. Se aseguraron de que asistiera a las actividades del cuórum tanto dentro de la capilla como en





El hermano Castro es miembro de la rama Dolores del Distrito Santa Rosa de Copán, Honduras.

las actividades fuera de la Iglesia. Se aseguraron que asistiera cada día de reposo a la Iglesia y para ello pasaban cada día domingo por su casa para llevarlo a la capilla.

Pasaron los meses durante los cuales el hermano Castro se fue familiarizando con los miembros del cuórum de élderes, además en este tiempo compartió un mensaje en la reunión sacramental.

Hoy ya cerca de dos años de haber regresado a la Iglesia, el hermano Castro ya fue bendecido al poder hacer convenios en el templo. Su entusiasmo es tal que en ocasiones llega a pie a la Iglesia.

Siempre está dispuesto a asistir a la Iglesia, llega temprano y saluda a los hermanos con mucha alegría. Es un ejemplo de disposición a seguir a su Salvador, el Señor Jesucristo.

“Tantas cosas en la vida dependen de nuestra actitud. La forma en que escogemos ver las cosas y respondemos a los demás marca toda la diferencia” (Thomas S. Monson, “Vivamos la vida abundante”, *Liahona*, enero de 2012, pág. 4).

Esta experiencia se da como resultado de seguir la inspiración del programa de la orientación familiar, cuando los maestros orientadores deciden actuar en busca de los hijos de Dios.

“Recordad que el valor de las almas es grande a la vista de Dios” (D. y C. 18:10). ■



JENNY CANALES

Sé que soy un hijo de Dios

Por **Gabriel Mauricio Morales**

Estaca Fesitrah, San Pedro Sula, Honduras

MI nombre es Noé Gabriel Mauricio Morales, tengo 22 años de edad. Desde niño recuerdo que mi madre, Virgen Morales, me llevaba a la Iglesia donde por mi condición (síndrome de Down), no pude llevar a cabo todos los programas que la Iglesia ofrece. Un día un obispo se interesó en mí, su nombre es Roger Cuéllar y habló con mi madre e hizo todos los preparativos para que yo pudiera bautizarme y así poder gozar de la compañía del Espíritu Santo por siempre. Ese fue uno de los días más felices de mi vida. Desde ese día soy más activo en la Iglesia y siempre me gusta estar temprano, saludar a los miembros y también ayudo a repartir la Santa Cena, lo cual disfruto

mucho y lo hago con mucha reverencia. Algunas veces ayudo a entregar las *Liahonas*.

Mi madre me regaló un traje de vestir para que siempre venga presentable. El año pasado recibí la bendición de asistir al templo en donde ayudé a mi barrio a hacer muchos bautismos. Me sentía como en el cielo.

En lo personal siempre hago mis oraciones y, gracias al apoyo que mi madre me da, puedo desenvolverme en este mundo ya que ella nunca se rindió. Ella me ama y yo la amo también.

Sé que Jesucristo vive y me ama y un día podré estar en su presencia. ■

*El artículo fue realizado a partir de una entrevista por Jenny Canales.

Tejiendo con amor

Por Enma Luisa Cáceres

Estaca Fesitrahñ, San Pedro Sula, Honduras

Siempre he sentido un amor por el templo. Me encanta estar en ese lugar hermoso y bello donde he podido recibir las mayores bendiciones. Es por ello que en el año 2004,

cuando me encontraba viviendo en Manhattan, New York y supe que se iba a edificar un templo en ese lugar, sentí un deseo enorme de tejer un tapete para el templo, ya que tengo el talento de tejer.

Me sentí muy feliz al ver mi obra terminada y me encantó ver cómo lucía. Después de un tiempo regresé a mi país de origen, Honduras, donde

no teníamos la bendición de tener un templo, pero cuando anunciaron la edificación de esta santa casa me propuse emprender la misma tarea de tejer un tapete para la sala de sellamientos. El año pasado sentí un deseo muy grande de hacer mi tercer tapete para el templo, pero ya con 86 años de edad y mis problemas de la vista, no sería tan fácil lograrlo.

Cada día le oraba al Padre Celestial para que me ayudara a poder lograrlo. Fue así que cada día avanzaba. Mi meta era terminarlo para la temporada de la Navidad, pero ese mes llovía mucho; entonces recuerdo que hice una oración desde lo más profundo de mi corazón y le dije al Padre Celestial que permitiera salir el sol para que yo pudiera lavar y secar el tapete, y ese día pude recibir una respuesta, el sol salió y pude hacer lo que deseaba.

Me llena de felicidad el poder ver mis tapetes en el templo. Cada mes que asisto recibo fortaleza, salud y me llena de esperanza. Amo todos los programas de la Iglesia, especialmente la Sociedad de Socorro. Siempre hago mis visitas y leo las Escrituras. Nunca en mi vida me he alejado; el Evangelio es todo para mí. Lo que más deseo es que todo el mundo sepa de la veracidad del Libro de Mormón.

Mi escritura favorita es Mosíah 2:17: “Y he aquí, os digo estas cosas para que aprendáis sabiduría; para que sepáis que cuando os halláis al servicio de vuestros semejantes, solo estáis al servicio de vuestro Dios”. Amo la vida y aprovecho y disfruto cada momento. A través del servicio puedo encontrar paz y felicidad. ■

**El artículo fue realizado a partir de una entrevista por Jenny Canales.*



HISTORIA DE LA IGLESIA EN EL ÁREA

Remembranzas de una pionera

Por Norma Reynaud

Barrio Jardines del Valle, Estaca San Pedro Sula, Honduras

Recuerdo que en el año 1958 conocí la Iglesia; los misioneros llegaron a la casa de mi hermana y allí me entregaron un folleto de José Smith. Yo le di ese folleto a mi mamá y le conté de la visita de los misioneros. Ese mismo día los misioneros llegaron a mi casa y enseñaron las charlas a mi familia. Mi madre y mis hermanos se bautizaron y cuatro años más tarde yo me bauticé.

Una de las cosas que recuerdo de esos años era el servicio a los recién conversos. Caminábamos largas distancias para visitarlos y llevarles algún alivio para sus necesidades y nuestros esfuerzos eran recompensados al verlos llegar a la capilla los domingos, con

sus pequeños hijos, cansados pero sonrientes.

En esos años se hacían muchas actividades al aire libre, como paseos y lunadas. Con el tiempo me casé y salí del país. Me inactivé por muchos años, en los cuales tuve pruebas difíciles, pero en un rinconcito de mi corazón palpitaba débilmente mi testimonio como un recordatorio constante del convenio que había hecho con mi Señor.

Corría el año 1992. Una tarde tocaron a mi puerta; me sorprendí al ver que era el obispo y el presidente de estaca invitándome a regresar a la Iglesia. En ese momento vi los brazos extendidos de mi Salvador diciéndome,



“te he esperado siempre”. Me invadió un sentimiento muy especial, me sentí amada porque Él no me había olvidado, que era su hija especial, que dejó a sus noventa y nueve por irme a buscar. Regresé nuevamente al hogar del cual nunca me debí alejar. Hoy permanezco firme y mi testimonio de este Evangelio se ha fortalecido. Puedo ver como en esta Iglesia el servicio continúa siendo la manera en que emulamos el ejemplo de Jesucristo nuestro Salvador. Esta es Su obra, esta es Su Iglesia. ■

TRATANDO DE PARECERSE A JESÚS

La oración de un niño

Por Gilberto Alejandro G.

Quetzaltenango

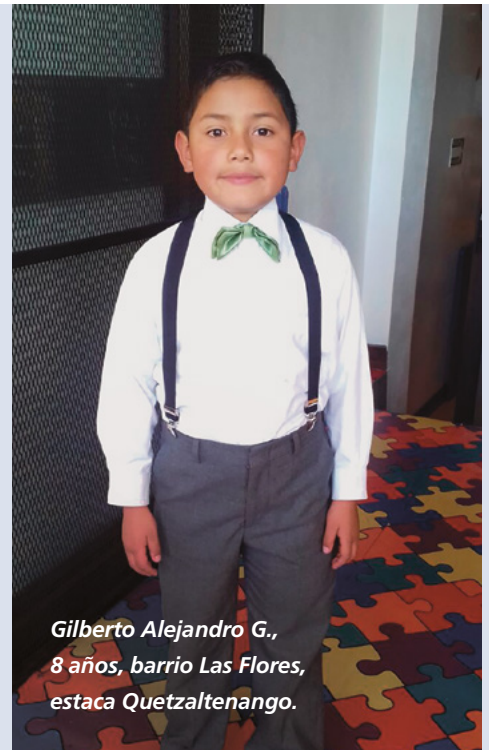
Hace unos años una amiga nos regaló un hermoso gatito. Lo cuidamos mucho, le damos de comer y cariño, porque sabemos que los gatitos son seres vivos. Él forma parte de nuestra familia.

Sin embargo, cuando era pequeño era muy travieso, corría y trepaba por todos lados. Un día lo buscamos por toda la casa y no aparecía nuestro hermoso Gaturro, así se llama. Ni por más que buscamos por cada rincón, no aparecía. Nos pusimos muy tristes pues pensamos que algo malo le había ocurrido, o se había ido de nuestra casa.

Entonces mi mamá nos recordó de la oración y que cuando oramos con el corazón y con mucha fe, nuestro Padre Celestial nos responde. Esa tarde junto a mis hermanos nos arrodillamos y oramos con todo nuestro corazón y hasta las lágrimas se nos salieron. Ese día mi mamá había puesto ropa calentita en un canasto y cuál no sería nuestra sorpresa cuando vimos salir de ese lugar a nuestro gatito.

Aprendí que por más sencillas que sean nuestras oraciones, pueden ser contestadas. Sé que la oración es poderosa y que es el único medio para comunicarnos con nuestro Padre Celestial. Él escucha y nos responde. ■

**El artículo fue realizado a partir de una entrevista por Fredy Salazar.*



**Gilberto Alejandro G.,
8 años, barrio Las Flores,
estaca Quetzaltenango.**

Santificar el día de reposo, una experiencia gratificante

Por Kristina Reyes

MI nombre es Kristina Reyes, pertenezco a la Estaca Cuzcatlán en El Salvador. Me uní a la Iglesia hace algunos años, cuando lo hice, no comprendía totalmente el significado de “guardar el día de reposo”. Como enseñan las Escrituras (3 Nefi 24:10), he ido probando al Señor y me he dado cuenta de lo dulce que es guardar sus mandamientos y dar oído a sus promesas.

Recuerdo un período de mi vida en el cual guardar el día de reposo

no era una prioridad, dejaba pasar por alto algunas cosas sencillas que con la frecuencia se convirtieron en grandes. Cuando me di cuenta, ya estaba atrapada en ese círculo, así que decidí volver a hacer las cosas que sabía que tenía que hacer en un domingo.

El perfecto ejemplo que tenemos de cómo debemos guardar el día de reposo nos lo dió nuestro Salvador. En los evangelios Jesús nos enseña que en el día de reposo debemos servir

a los demás “olvidarnos de nosotros, tomar nuestra cruz y seguirle”, entre otras cosas.

El domingo es el día de la semana destinado a dedicárselo por completo al Señor. A mí me gustan los domingos, como enseñó nuestro profeta, el presidente Russell M. Nelson, no hay una lista de cosas para hacer o dejar de hacer; más bien nuestras acciones deben demostrar gratitud a Dios por lo que Él hace por nosotros.

Aparte de participar de mis reuniones dominicales y el sacramento de la Santa Cena, en ese día participo de reuniones o consejos de barrio, puedo salir a visitar, ayunar o servir a mi familia entre muchas cosas más. Algunos pensarían que no es un día de descanso; no importa cuántas cosas haya decidido hacer, al final del día puedo sentir paz con el Señor al saber que he hecho todo lo que pude en Su día para servirle a Él y a sus hijos.

He puesto al Señor en primer lugar, no solo al guardar el día de reposo, sino todos los días de mi vida; he notado cambios en mi carácter. Cambios que, de no ser por la influencia del Espíritu (Mosiah 3:19), no serían posibles. Ruego porque cada uno de nosotros pueda decidir que el Señor es más importante que todo lo demás (Lucas 10:27). Porque de esa manera podremos tener la capacidad de servir más, amar más, juzgar menos, ser mejores esposas, esposos, padres e hijos y en general buenos ciudadanos, más como Cristo es. ■

**Con la ayuda de Sergio Molina.*



SERGIO MOLINA